historia de Nicaragua para uso de las escuelas públicas. Pensamos, que la frase que el señor Peralta atribuye al Padre Portas y que efectivamente aparece en el libro de este autor, sea del historiador nicaragüense don Jerónimo Pérez, quien en su biografía de don Crisanto Sacasa, primer Jefe de Estado de Nicaragua al proclamarse la independencia, da prolijos detalles acerca de la sangrienta lucha que provocara en Nicaragua el plan de Iturbide, así como de la que provocó el mismo acontecimiento, en El Salvador.

San José de Costa Rica, diciembre de 1944.

La paz reina en la Trapa

Por Marcus L. Bach

De los tres monasterios de trapenses que hay en los Estados Unidos, el más antiguo, y el de observancia más estrecha, es la abadía de Nuestra Señora de Getsemaní. Alzase entre las montañas de la región sud central, unos ochenta kilómetros al sur de Louisville, la población más importante de Kentucky. El 20 de diciembre de 1848 encendieron los fundadores de este monasterio la lámpara del sagrario, que ha ardido allí desde entonces, día y noche, alimentada por la piedad de unos monjes a los cuales les está vedado hablar entre sí, y cuyo tiempo se reparte por entero entre la oración, el trabajo y la penitencia.

Había oído yo mil cuentos acerca de los trapenses: que dan todos los días un azadonazo en el terreno que les servirá de tumba; que se torturan con crueles penitencias; que permanecen postrados por días ante el Santísimo. Aproveché, pues, muy complacido, la ocasión, que raras veces se le presenta a un protestante, de pasar una semana de retiro en ese monasterio.

Un sendero enarenado conduce a la portería. Impenetrable muro circunda las tierras del monasterio. Tiré de una cruz de madera hecha del mango de una vieja hacha. Una esquila sonó con triste eco. A poco se abrió una ventanilla. En el marco apareció una cara barbuda. Sin cambiar una sola palabra, alargué la carta que llevaba para el abad. Una mano la tomó y desapareció con ella. Un rato después se abrió la puerta lo bastante para darme paso. Un monje de greñuda barba y pardo hábito de estameño, me condujo a una salita, me indicó que aguardase allí y se retiró. Todo estaba en la más profunda calma.

Por las dos ventanillas enrejadas que daban al jardín, vislumbré algo que me pareció un rincón del mundo antiguo: una glorieta con una imagen de la Virgen, y unos bancos para sentarse a orar. Un caminito sinuoso llevaba hasta un edificio cuadrangular de cuatro pisos en una de cuyas alas elevaba la capilla su torre, cuya cruz buscaba las nubes. Al fin un monje de blanco hábito entró a la habitación. Era el hospedero. Me llevó al interior del monasterio. Así comenzó mi retiro.

En el monasterio hay unos sesenta hermanos entre legos y de coro. Los hermanos de coro son hombres que han renunciado al mundo y a todo lo que en él tenían, inclusive su nombre, para hacer votos de extrema pobreza, castidad, obediencia y perpetuo silencio. Jamás salen de la basílica. Muchos llevan allí hasta treinta años. Huelga decir que no han visto nunca un automóvil, un cine, ni nada por el estilo. Consagran su vida total y enteramente a Dios, con absoluta sinceridad y sin mira interesada alguna. Están en el mundo; pero no son del mundo. Tamaño desasimiento nos parece a los protestantes, o maravilloso o insensato.

Los hermanos de coro se acuestan a las ocho y se levantan a las dos de la madrugada (los domingos, a la una y media). Van a la capilla, tenuemente alumbrada por cirios, para dar principio a los Oficios cotidianos. Todos los días trascurren iguales. Toda la vida monástica gira en torno de la capilla. Sin embargo destinan dos horas de la mañana al estudio y al trabajo corporal. Por la tarde, tienen otras cuatro horas de trabajo. La comida no puede ser más frugal. Hacen una colación a las seis de la mañana y otra a las cinco y media de la tarde. Ambas se componen de pan moreno y agua, o de una mezquina porción de fruta. La comida principal es a las once y media. Habitualmente se compone de sopa, pan moreno, una legumbre y una infusión de cebada a manera de Café. La leche, el vino, los huevos, la carne, el pescado y la mantequilla les están vedados, salvo en caso de enfermedad. Los postres y, desde luego, el tabaco, son algo de que allí no se ha oído hablar nunca. El pan moreno hecho de trigo integral cosechado en los propios terrenos de la abadía, es nutritivo, blando y delicioso.

Los monjes comen en el refectorio, una estancia de paredes desnudas. Las mesas, muy toscas, son de madera de la misma finca. Las sillas son un poco mayores que escabeles y no tienen respaldo. Sólo se les permite servirse una vez de cada plato. En verdad, mejor se diría: sólo les apetece servirse una vez. La comida parece ser lo último en que piensan ellos. En efecto: ayunan seis meses del año. Comen por cumplir un deber, y como si les doliese el tiempo que así roban al estudio de las cosas espirituales y a la oración. Todos parecen sanos y fuertes, y viven muchos años. El abad que murió hace poco, tenía ochenta y tres. Pasó en el monasterio cerca de cuarenta.

Las camas son catres con armazón de madera y un jergón de paja tan apretado que no se hunde. Las almohadas son aún más duras, si tal cosa es posible. El hospedero me dijo:

—El jergón se pone cada vez más duro. Me figuro que está hecho en forma tal que no deseemos más de seis horas de sueño. ¡Se siente uno tan bien cuando se levanta de ahí!

No hay calefacción en el dormitorio ni en invierno. Las camas están separadas por tabiques bajos y delgados, de suerte que cada monje tiene el espacio preciso para arrodillarse a rezar. Y no desea una pulgada más tampoco. Duermen con el hábito puesto. Los hermanos de coro usan hábito blanco. Los hermanos legos, que se dedican especialmente a los trabajos corporales, lo llevan pardo.

En los terrenos de la abadía, pastan magníficas vacas, como los monjes no consumen la leche, la venden en Getsemaní, o hacen queso, también para vender.

Lo que más dinero les dá son las viñas y la bodega donde elaboran vinos de consagrar. Entre los recursos del monasterio figura también un huerto.

Es natural que una institución así prospere, puesto que para ella trabajan sesenta hombres bajo una estrecha disciplina y sin pedir más remuneración que el derecho a vivir aislados del mundo. Cada ladrillo, cada bloque de cemento de los que se emplearon en la construcción de los edificios, los hicieron los monjes. La madera toda se cortó y laboró en el bosque del monasterio. Los monjes hacen también sus propios zapatos. Puede decirse, en realidad, que la orden es independiente del mundo.

Ninguna mujer puede traspasar los muros. Una madre puede visitar a su hijo en la portería, mediante permiso especial. Más, bien pudiera suceder que el hijo, si le habla, le diga las mismas palabras enigmáticas que Cristo dijo en una ocasión:

—Mujer, ¿por ventura tengo algo que ver contigo?

Los monjes no tienen comunicación alguna con mujeres, ni verbalmente, ni por carta. El celibato es un hecho que ni siquiera se discute. En el siglo XVI, la riqueza y la vida licenciosa, acarrearon la decadencia de los Cistercienses. Los Trapenses, o Cistercienses Reformados, como puede llamárseles con toda propiedad, velan cuidadosamente porque tal cosa no se repita.

También existe una orden trapense de mujeres. En todo el mundo hay unas mil hermanas trapenses y unos 3500 monjes de la misma comunidad.

Durante mi retiro, ví a un muchacho que llegaba con sus padres al portón de la abadía. Tendría unos veinte años. Los tres permanecieron completamente inmóviles un momento. Luego el muchacho estrechó la mano de su padre y besó a su madre. Ella lo apretó amorosamente. El sonrió, como diciendo: "No te entristezcas; recuerda lo santo de mi camino". Suavemente, pero con firmeza, la apartó de sí. Ví al muchacho entrar con la cara radiante. Afuera, la madre lloraba; el padre le pasó el brazo por el talle y se la fué llevando despacio.

Tomado de Selecciones del Reader's Digest, diciembre 1944.

Las ideas y los libros (1)

Por André Maurois

Andrés Maurois, el ilustre académico francés que hoy reside en los Estados Unidos, ofrece al público de habla gala uno de sus más finos estudios bibliográficos al analizar la obra **«Now with the morning star»**, «la novela menos novelesca» que jamás se haya escrito y debida a la pluma de Thomas Kernan.

Es para nosotros un exquisito regalo espiritual el traducir esta nota bibliográfica y ponerla al alcance de los lectores de la **«Re-**

(1) (Traducido del diario **«Pour la Victoire»**, New York, 1944.)